

EL ESCENARIO POSTMODERNO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Las razones que justifican la aparición y oportunidad de este libro en nuestro idioma son múltiples y variadas, pero una de las principales se pone de manifiesto si prestamos atención a sus primeras y a sus últimas palabras. Comienza el libro afirmando que ((muchos de los problemas de la psicología social surgen de su definición. La psicología social ha sido definida tan ampliamente que incluye en la práctica a toda la psicología y a todas las ciencias sociales». En la última página, después de un largo recorrido, llega a la conclusión de que «la nueva influencia del pensamiento europeo, que comienza en los setenta, puede llegar a ser aún más pronunciada en los noventa. Si este clima reformista se mantiene, podemos llegar a ver un nuevo período de psicología social postmoderna en los Estados Unidos, que incorpore lo mejor de las tradiciones y de las teorías discutidas en este libro».

Es decir, inicia el planteamiento con los problemas de demarcación, como dice el viejo positivismo, con el establecimiento de fronteras y límites entre disciplinas, con la distribución minuciosa del espacio científico, para terminar reconociendo que el problema actual reside principalmente en las fronteras entre países, en la influencia entre continentes, no tanto por su distribución espacial como por sus distintos escenarios culturales. Ciencia y cultura, América y Europa, antes y después, son los auténticos parámetros de esta obra y es necesario reconocer su importancia en nuestro contexto cultural y académico. Porque casi todas las obras en castellano de Psicología Social, tanto originales como traducidas, salvo pequeñas excepciones, reclaman con infantil ansiedad el *todo* y *ahora* para la disciplina, su carácter científico y su efecto emancipador, el respaldo de las fuentes americanas junto con la reivindicación de problemas europeos o simplemente nacionales, la necesidad de una larga formación con la masificación y divulgación psicológica.

El libro de Collier, Minton y Reynolds es una combinación inteligente de manual, temario e historia de la Psicología Social, en proporciones muy acertadas, que se preocupa especialmente por los escenarios y tendencias que se originaron en Europa, que luego se desarrollan principalmente en América y que ahora se vuelven de nuevo hacia Europa, pero tiempo después. Porque mientras se trasladaba en el espacio también se desarrollaba en el tiempo, y así tiene sus raíces religiosas y filosóficas en la Edad Media, adquiere autonomía y relevancia social en la modernidad o período postmedieval, como dicen algunos, y parece empezar a disolverse en algo nuevo durante las últimas décadas o época postmoderna.

En todo caso, los autores recorren tiempo y espacio con bastante objetividad pero con una dirección clara y definida, puesto que reconocen que los auténticos héroes de su libro son Durkheim, Dewey, Mead, Wittgenstein, Vygotsky y Merleau-Ponty. Y es que siempre ocurre lo mismo; cuando tenemos que adoptar una postura y hay poco tiempo para elaborar un argumento convincente, recurrimos a nuestros héroes como sistema de definición puesto que el héroe equivale a un punto concreto en un espacio de varias dimensiones. ¿Cuáles son las dimensiones de la Psicología Social que determinan la posición de autores y teorías, de héroes y villanos, de académicos y practicantes?

Los modelos más clásicos son siempre de dos dimensiones, dos ejes cartesianos que en principio son independientes y que determinan cuatro áreas características. Izquierda-derecha y autoritarismo-democracia, por ejemplo, constituyen las dimensiones bipolares horizontal y vertical, respectivamente, del espacio político donde pueden ubicarse ideologías, personas y acontecimientos políticos. La primera representa las ideas y contenidos sociales que recorren desde el conservadurismo hasta el progresismo; la segunda, la dimensión vertical, simboliza el estilo político, la manera de defender esas ideas, desde la mentalidad cerrada, normativa y autoritaria hasta la mentalidad abierta, flexible, humanitaria y democrática.

El modelo clásico de Psicología Social incluye también dos dimensiones, que de forma sorprendente tienen un gran parecido familiar con las del modelo político, donde el eje horizontal alude a una mayor preocupación e interés por los contenidos sociales y de grupo, en uno de sus extremos, mientras que el otro polo se centra más en lo individual. Se debate aquí el contenido de la Psicología Social, su enfoque característico, y su representación más conocida es la que se atribuye a Durkheim y a Tarde, respectivamente, en tanto que su polémica de principios de siglo constituye un punto de referencia fácil de recordar.

El eje vertical atiende, en casi todas las versiones de este modelo, a la sensibilidad metodológica, a la manera de elaborar el conocimiento psicológico, desde lo estrictamente experimental, académico, propio de la ciencia dura, hasta las formas más prácticas, aplicadas, históricas y naturalistas del conocimiento. El ejemplo típico que con frecuencia se utiliza para representar esta polaridad es la postura del propio Wundt, en su doble versión de psicología experimental, al modo fisiológico, y psicología no experimental, social o de los pueblos.

Con frecuencia se dice que la psicología social tiene unas fluctuaciones periódicas, que van desde una orientación más social y de grupo en las épocas de inquietud social hasta otra más interna e individualista en los períodos conservadores. Se introduce así otro aspecto que no estaba contenido en el modelo de dos dimensiones, la correspondencia entre la forma de hacer psicología y los períodos sociales más conservadores o más reformistas. Es decir, en términos muy generales, parece ser que la psicología social más individualista y experimental es característica de épocas conservadoras, mientras que la orientada hacia el grupo y menos experimental es propia de épocas de reforma social o progresismo. Los héroes, personajes o autores paradigmáticos, en este caso, suelen ser Floyd H. Allport para el conservadurismo (individual y experimental) y, por ejemplo, John Dewey para el progresismo social.

El atractivo de los modelos clásicos de dos dimensiones radica precisamente en su simplicidad, pero resultan insuficientes por su falta de perspectiva, de horizonte, de profundidad; necesitan al menos de una tercera dimensión, de un punto de vista, que lo haga más real. Contenido y estilo o, como dirían los clásicos, objeto y método, son quizá aspectos importantes del conocimiento científico, pero resultan escasos para las sociedades complejas en las que vivimos.

LAS MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Las Últimas décadas han puesto de manifiesto, tanto en el desarrollo de esta disciplina como en la evolución de la propia sociedad, que los modelos simples sólo son útiles para el racionalismo progresista; dicho de otro modo, que el muro de Berlín o la crisis de la psicología social sólo tienen sentido dentro de una concepción bipolar y dicotómica (Este-Oeste, salud-enfermedad, bueno-malo, crisis-estabilidad). Pero cuando el conocimiento se fragmenta y las ideologías se disuelven, la única posibilidad de reconstrucción arraiga en la multiplicidad y en la diversidad.

Alrededor de la década de los años setenta se abandona paulatinamente la estructura factorial simple de la psicología social, que postulaba dos vectores ortogonales, y se liberalizan las alternativas posibles para edificar el conocimiento psicológico, en función del nuevo estilo de la naciente sociedad postindustrial. En consecuencia, el proyecto consiste en reconstruir la psicología social desde un punto de vista múltiple y diverso, de forma que la variedad de dimensiones que la sustentan ni tan siquiera pueden mantenerse ortogonal o independiente, en su definición y desarrollo. Esta especie de psicología social «a la carta» constituye el primer paso para que, ya en los años ochenta, comiencen los planteamientos postmodernos de la psicología social. Sin embargo, antes de llegar a los planteamientos postmodernos es indispensable recorrer brevemente la oferta dimensional de la psicología social de transición.

Podemos agrupar los diversos aspectos o dimensiones que configuran el final del modernismo en la psicología social en tres amplias categorías —de contenido, metodológicas y de sensibilidad social—, teniendo siempre presente que estas dimensiones ni son exclusivas ni tan siquiera tienen límites definidos; en el mejor de los casos pueden ser útiles para mostrar la situación actual.

LAS DIMENSIONES DE CONTENIDO

Se agrupan bajo este rótulo aquellas dimensiones que aparentemente hacen referencia a los problemas de contenido de la Psicología Social, teniendo en cuenta que el objeto de estudio es más una construcción social que un campo acotado de la realidad. Dentro de la variedad que se puede seleccionar, vamos a destacar al menos cuatro: la dimerisión psicológica-sociológica, la individual-colectiva, natural-histórica y racional-irracional.

La *dimensión psicológica-sociológica* hace referencia, en su formulación más radical, a la existencia de dos psicologías sociales distintas, una que surge de la concepción psicológica mientras que la otra proviene de la sociología. Aunque esta diferenciación tiene múltiples consecuencias (teóricas, metodológicas y prácticas) en el desarrollo de la disciplina, el planteamiento actual apunta principalmente a una diferencia de contenidos; mientras que la psicológica se preocupa especialmente por los procesos cognitivos, la sociológica se interesa claramente por la interacción social (House, 1977; Stryker, 1977).

Sin embargo, la existencia de estas dos tendencias, psicología social psicológica y psicología social sociológica, es anterior a los contenidos mencionados (Gouldner, 1970). De hecho, se puede observar ya desde finales del siglo pasado, como demuestran los autores de este libro a través de los manuales y citas de la disciplina. Los manuales de Ross y de McDougall, ambos publicados en 1908, se consideran con frecuencia como representativos respectivamente de estas dos tendencias.

De todas formas, las diferencias entre ambas tradiciones deben buscarse más allá de los contenidos concretos o de los manuales académicos. La psicología social psicológica tiene sus raíces en la admiración y devoción de la psicología por la razón y el conocimiento humano (racionalismo ilustrado), mientras que la sociológica tiene su origen en una especial sensibilidad hacia los problemas sociales, hacia la reforma social y el progreso, combinada frecuentemente con determinados valores religiosos (ética ilustrada en un principio, ética aplicada en la actualidad).

La *dimensión individual-colectiva* tiene repercusiones importantes en la Psicología Social, en la medida en que su contenido se centra más en un sujeto individual y, por tanto, en sus procesos psicológicos, o se interesa especialmente en algún tipo de sujeto colectivo, destacando en consecuencia los aspectos sociales y culturales. Sin embargo, en esta dimensión se mezclan y confunden diferentes concepciones de sujeto colectivo, que proporcionan un significado muy distinto a los planteamientos de este eje. Por lo menos habría que distinguir entre interacción social, grupo y comunidad, teniendo muy en cuenta que sus diferencias no son de grado sino cualitativas (Graumann y Moscovici, 1985).

En algunas ocasiones se pretende estudiar a un individuo en interacción social con otro o con otras personas, en contraposición al estudio de individuos en aislamiento. Por ejemplo, los estudios sobre influencia social, sobre conformidad y hasta los de obediencia, estudian por regla general el efecto que producen los demás en la conducta de un individuo; la contraposición aquí se produce entre el estudio de un sujeto experimental socialmente aislado (si es que esto es posible) frente al estudio de un individuo influido por la presencia o interacción con otros (Tajfel, 1972; Stoetzel, 1966).

En otras ocasiones la oposición se produce entre un individuo y un grupo propiamente dicho. Dentro de esta interpretación surgen los conceptos de mente de grupo o conciencia de grupo, que fueron duramente criticados por Floyd Allport frente a la postura de McDougall. Existen múltiples ejemplos de estudios sobre grupos, pero quizá la

dinámica de grupos de Kurt Lewin sea uno de los más representativos. En general, esta concepción psicológica del grupo responde a la preocupación de la sociedad americana por el asociacionismo civil, que ya caracterizó en su tiempo Alexis de Tocqueville. Bajo este punto de vista, la psicología social se ocuparía de estudiar a los pequeños grupos en la medida en que constituyen el fundamento de la actividad social de las sociedades democráticas.

Por último, el polo colectivo de esta dimensión puede interpretarse como un auténtico sujeto colectivo, ya sea bajo la forma de muchedumbre o como comunidad cultural; en el primer caso se alude a la tradición francesa que se interesó por el comportamiento de las multitudes en situaciones específicas (por ejemplo, *Le Bon*), y en el segundo se hace referencia a la tradición alemana que destaca la personalidad colectiva y los grupos primarios.

En definitiva, la dimensión de psicología social individual frente a psicología social colectiva tiene interpretaciones muy diferentes (Garzón y Rodríguez, 1989); puede entenderse como sujeto experimental aislado opuesto al individuo en interacción social, como individualismo social frente a asociacionismo o como individuo natural en oposición a comunidad cultural (Jahoda, 1992).

La dimensión natural-histórica tiene raíces muy clásicas no sólo en la psicología social sino a lo largo de toda la psicología en general, y afecta tanto al contenido de estudio como a la orientación metodológica. Una psicología social desarrollada desde el punto de vista natural manifiesta sus preferencias por los temas biológicos y por el rigor de la ciencia positiva; en el otro extremo, una psicología social desde el punto de vista histórico intenta destacar los fenómenos culturales y un tratamiento más distanciado de las ciencias físicas y más ajustado a dichos fenómenos (Gergen, 1973).

La polaridad de esta dimensión tiene sus antecedentes en la contraposición entre filosofía natural y filosofía moral, aunque en la época moderna se planteó como la diferencia entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, y tiene una versión más actual en la oposición entre ciencias naturales y ciencias sociales.

Dentro de la psicología social, en concreto, el polo naturalista estuvo ampliamente representado en casi todas las épocas; por ejemplo, la psicología fisiológica de Wundt, las teorías sociales de los instintos y, en los tiempos más recientes, las orientaciones etológicas y en la propia sociobiología. En el extremo histórico se puede señalar perfectamente la psicología de los pueblos de Wundt, la orientación más actual

de lo que se denomina psicohistoria o los planteamientos de Gergen sobre psicología social (Gergen, 1989).

La psicología social como historia o como naturaleza no sólo representan los dos extremos de esta dimensión, sino que son dos concepciones estrechamente vinculadas a orientaciones distintas del conocimiento, de la vida y de la filosofía.

La dimensión racional-irracional constituye otro de los ejes clásicos donde se distribuyen las distintas posiciones de la psicología social, y donde se discute la capacidad del hombre para organizarse individual y colectivamente de forma consciente y planificada o, por el contrario, se mantiene que alguna «fuerza ciega», es decir, un instinto o cualquier otro principio vital no consciente y sin control, es el que organiza la vida social e individual de los hombres.

El irracionalismo social se remonta con frecuencia a los planteamientos de Maquiavelo, pasando por Hobbes, para señalar los antecedentes más próximos de la psicología social en autores como Darwin, Nietzsche, McDougall o Freud. En cuanto a las posturas más racionalistas, se cita como claro antecedente a la teoría del contrato social de Locke en la medida en que representa un principio de organización social de forma racional y consciente; dentro de la psicología social, la mayor parte de sus desarrollos recientes tienden al racionalismo, como por ejemplo la teoría del intercambio social o la tendencia cognitiva de los últimos tiempos.

Una orientación más o menos racionalista o irracionalista tiene múltiples repercusiones en el desarrollo de una disciplina, pero en psicología social significa principalmente inclinarse hacia un optimismo democrático, es decir, la confianza en que los hombres pueden ((enfrentarse a los hechos, juzgar correctamente y votar con sabiduría», según la versión de Gordon Allport (1968); o, por el contrario, mantener cierto pesimismo democrático, en la medida en que buena parte de las decisiones colectivas y la acción política y social provienen de la obediencia, la sugestión o, en general, de fuerzas irracionales no controladas, como por ejemplo pensaba Harold Lasswell cuando interpretaba la vida política.

LAS DIMENSIONES METODOLÓGICAS

Bajo este rótulo conviven en continuo conflicto y negociación innumerables aspectos relacionados con la forma, estilo y garantía del

conocimiento obtenido en la disciplina. Algunas de estas dimensiones tuvieron, en determinados momentos, tanta importancia o más que los temas de contenido, como en el caso de experimental-no experimental, básica-aplicada y exógena-endógena.

La dimensión experimental-no experimental es una de las más polémicas dentro de la problemática de la psicología social y hace referencia a la necesidad y a la posibilidad de utilizar la experimentación en esta disciplina, entendiendo por experimento la producción artificial del fenómeno que se estudia y bajo condiciones de laboratorio. Wundt fue uno de los primeros en contraponer una psicología experimental individual frente a una psicología social no experimental. Floyd Allport es el psicólogo social que a menudo se utiliza para representar la defensa de la experimentación en la disciplina.

Sin embargo, es conveniente señalar que los términos estrictos de esta polémica no son suficientes para abarcar todo lo que pone en juego. Alrededor del tema de la experimentación se ocultan otros aspectos de gran importancia, y que necesitarían un análisis en profundidad que todavía no ha sido realizado. Por ejemplo, el debate se manifiesta a veces como un antagonismo entre psicología experimental y psicología correlacional, esta última dentro de la tradición de Galton, Binet, Spearman y otros, que pretenden descubrir las relaciones ya existentes en el campo empírico sin necesidad de manipular artificialmente las variables experimentales. Estas dos tradiciones arrastraban, a su vez, otras polémicas paralelas, como la academia frente a la práctica, el laboratorio frente a la calle, lo aristocrático frente a lo democrático en el campo de la ciencia (McGuire, 1973).

Pero el experimento alude también a un tipo de racionalidad científica donde es necesario que el investigador realice unos procedimientos determinados que le conduzcan inevitablemente a una conclusión, de forma que cualquier otro investigador en cualquier otra parte del mundo, repitiendo los mismos procedimientos, alcance inevitablemente la misma conclusión; es decir, la sustitución de un investigador por otro como garantía de conocimiento objetivo. Y esto, a su vez, plantea el tema del igualitarismo científico y de la diferenciación entre científico y lego (Seoane, 1985).

No son estos los únicos temas relacionados, existen muchos otros que no es el momento de analizar ahora, como el papel y el valor de la mimesis en la sociedad actual como una imitación mecánica y superficial de los originales, imitación de los elementos exteriores de una experiencia, para intentar ser igual al original, al descubridor. En el núcleo de

la polémica sobre la experimentación en psicología social se encierran distintas concepciones sobre el conocimiento, la ciencia y la sociedad.

La dimensión básica-aplicada es otro eje que afecta directamente a la forma y el estilo de la psicología social. Se contraponen aquí una concepción de ciencia pura y teórica frente a la de ciencia práctica y aplicada. Con frecuencia recibe otros nombres o, al menos, se relaciona estrechamente con otros antagonismos como teórica-práctica y académica-profesional, así como con la problemática de la investigación interdisciplinar.

La tradición de Galton, Binet y Terman, entre otros, representa con claridad los primeros planteamientos de orientación aplicada, frente a la psicología filosófica, por un lado, y la psicología académica por otro. La escuela de Chicago constituye el prototipo de aplicación social en Estados Unidos. La década de los setenta, con la llamada crisis de relevancia de la psicología social, junto con todas las urgencias sociales que se plantean en esos años, además del triunfo de los gobiernos y las instituciones sobre la investigación individual, pone de manifiesto la inclinación aparentemente definitiva hacia la psicología social práctica y aplicada (Bickman, 1980).

La oposición entre una psicología social básica frente a una aplicada manifiesta, principalmente, la polaridad entre una ciencia elitista, de unos pocos, de tan sólo los iniciados, frente a una ciencia que experimenta la necesidad de actuar en círculos sociales amplios, donde el científico se convierte primero en técnico y después trivializa su conocimiento hasta transformarlo en una manifestación práctica y pública.

La dimensión endógena-exógena, planteada en estos términos por Gergen (1982), intenta sintetizar otras diferenciaciones ya clásicas como por ejemplo mecánico-orgánico o estructural-funcional. Se trata básicamente de fundamentar el conocimiento en el ambiente, como un reflejo del mundo real, donde la mente humana es un mero instrumento de ese conocimiento; o bien fundamentarlo en la persona, donde la mente humana constituye el origen del conocimiento y de la construcción de conceptos. Ambos extremos agrupan a su alrededor una serie de contenidos y tendencias, como, por ejemplo, la concepción de los procesos psicológicos originados en la interacción social y en el ambiente en general o generados en el plano intrapsíquico del individuo.

Las fluctuaciones de la psicología y, en concreto de la psicología social, entre las posiciones endógenas y las exógenas han sido muy frecuentes y espectaculares; a grandes rasgos, se debe recordar que la psi-

ciencia filosófica clásica o la psicología racional era de carácter endógeno, para más tarde convertirse en exógena con el ambientalismo y el conductismo y, en los últimos tiempos, volver en cierta medida a lo endógeno con la orientación cognitiva aunque con discusiones peculiares desde el punto de vista social.

Una psicología social sesgada hacia uno u otro extremo de esta dimensión tiene repercusiones importantes, como señala Gergen, sobre la posibilidad de conocimiento objetivo, la valoración del conflicto o del consenso, la posibilidad de la neutralidad científica, la atribución causal interna o externa, la necesidad de un compromiso moral de la ciencia y el carácter más o menos retórico del discurso científico, entre otros muchos temas.

LAS DIMENSIONES DE SENSIBILIDAD SOCIAL

Además de las dimensiones agrupadas bajo las viejas categorías del contenido y de la metodología, existen otras que hacen referencia fundamentalmente a las creencias y actitudes de los psicólogos hacia el ambiente social que les rodea, las orientaciones y sentimientos que desarrollan sobre el conocimiento y la sociedad, que diferencia entre los modos de actuar y de sentir desde las prácticas de la disciplina. Podemos destacar tres aspectos importantes, entre los muchos que existen dentro de este ámbito: la dimensión americana-europea, el enfoque singular-plural y, por último, la orientación neutral-comprometida.

La dimensión americana-europea es una de las que mejor representa la diferenciación de sensibilidades en el desarrollo actual de la disciplina. En una descripción rápida y tosca, se puede decir que antes de la Segunda Guerra Mundial se habían producido en Europa las grandes corrientes de teoría social, no existía todavía una psicología social institucionalizada y sus representantes eran investigadores aislados y poco comunicados entre sí. Después de la guerra la psicología social se desarrolla fundamentalmente en Norteamérica aunque, por un lado, lo consigue con la aportación de ideas y de investigadores europeos que se refugian en América, pero por otro lado esas ideas y esas investigaciones se transforman en algo peculiar de aquel país, puesto que los hombres pueden emigrar pero la cultura siempre mantiene una cierta singularidad. A partir de los años setenta, comienza a producirse la reivindicación europea de una psicología social propia, con la

aparición de revistas y asociaciones que defienden esta especificidad, facilitan la comunicación entre los psicólogos sociales europeos y comienzan a llamar la atención de sus colegas norteamericanos (Hewstone et al., 1988).

Normalmente se dice que la psicología social americana es más experimental, individualista y cercana al positivismo; casi siempre se recurre al prototipo de Floyd Allport. Por el contrario, se dice que la psicología social europea es más liberal en cuanto a los métodos, se preocupa más por el contexto social del individuo y del grupo, y sus representantes siempre citados son Moscovici y Tajfel.

La contraposición entre escenarios americanos y europeos de la psicología social es una dimensión que esconde más actitudes y creencias de las que pone de manifiesto. La psicología social tiene una indudable tradición europea junto con un claro romance americano (Herman, 1995), casi agotado en la actualidad, que se sustentaba en la promesa del pragmatismo (Diggins, 1994), pero estas complejas relaciones se merecen un análisis más fino que la reducción a simples marcos geográficos. La defensa de una identidad nacional de la psicología social, entre otras, se inicia a finales de los sesenta y principalmente en los setenta, cuando comienza a tomar forma el declive de las ideologías y el proceso de globalización posterior; en consecuencia, una gran parte del nacionalismo psicológico que surge en esa época responde más a una lucha por la nueva distribución del poder que a una pretendida cultura nacional.

La dimensión singular-plural consiste, en su versión más restringida, en criticar o aceptar la existencia de dos psicologías sociales, la psicológica y la sociológica. Mientras que los defensores de una psicología social única defienden la necesidad de unificar por algún procedimiento ambos campos, los defensores de la pluralidad destacan las virtudes de la diversidad psicológica.

Sin embargo, más allá de la polémica de las dos psicologías sociales, existe una sensibilidad genérica que es favorable a la unificación del campo, a la delimitación de fronteras y a la especificidad de contenidos; sus raíces se remontan a la unificación de las ciencias del viejo positivismo, aunque ahora con posturas más modestas que se limitan a la propia disciplina. En el otro extremo, se concibe la pluralidad de la psicología social como una diversificación de métodos, de contenidos y de escenarios geográficos, así como de prácticas y de aplicaciones concretas que dan lugar a nuevas etiquetas dentro de la psicología social (psicología social de la salud, psicología judicial, psicología política,

etc.); las raíces de esta sensibilidad están por los años setenta, donde las nuevas generaciones de psicólogos comienzan a preocuparse más por las urgencias sociales y su posible solución que por los temas de justificación científica.

Ambos extremos, la unificación y la diversificación de la psicología social, responden a una sensibilidad diferente ante la garantía social del conocimiento; en el primer caso se busca en el prestigio de la ciencia y en el orden formal de esos conocimientos, mientras que la diversificación pretende justificarse mediante la práctica social y la interacción con otros campos y conocimientos.

La dimensión neutral-comprometida apunta hacia la conocida polémica sobre la exigencia de neutralidad científica o, por el contrario, la necesidad de compromiso social y de un sistema de creencias que respalde la actividad científica. En la actualidad, prácticamente nadie mantiene ya una neutralidad radical de la ciencia o ausencia total de valores, por lo que la dimensión fluctúa entre el compromiso común provocado por el sistema de valores y las creencias del investigador, por un lado, y la militancia ideológica del conocimiento en el otro extremo.

No es nada nuevo el rechazo de una pretendida neutralidad científica; estaba planteada ya desde el campo de la filosofía de la ciencia, por ejemplo, por el estudio de los límites del conocimiento que realiza Thomas Kuhn o por el racionalismo crítico de Popper, entre otros. En la propia psicología, existen antecedentes claros de investigación comprometida en los estudios sobre el nazismo de los años treinta, como en el caso de Reich y de Fromm, o después de la guerra en los estudios de Adorno y colaboradores. Pero la reivindicación específica del compromiso social y político de la psicología social se produce a finales de los años setenta y principios de los ochenta (Knutson, 1973).

En la actualidad, la distancia entre las posturas extremas sigue siendo considerable, aunque hayan cambiado los puntos de partida. En un extremo están los que sólo reconocen y admiten una especie de psicología del científico, que influye en la investigación a través de su socialización y sistema de valores particular; en el otro extremo, aprovechando el fracaso de una ciencia libre de valores, se defiende la justificación de la psicología social exclusivamente por su carácter terapéutico, es decir, en la medida en que mejora la salud social y política de una comunidad o sirve como instrumento a una ideología determinada.

LA PSICOLOGÍA SOCIAL POSTMODERNA

Podemos imaginarnos ahora donde se ubicarían los auténticos héroes de este libro, es decir, Durkheim, Dewey, Mead, Wittgenstein, Vygotsky y Merleau-Ponty; los puntos de convergencia que representan dentro de este espacio multidimensional constituyen un estilo de psicología social y una dirección de desarrollo. Todos ellos contribuyeron en algún sentido a romper o complicar el rígido esquema de dos dimensiones, facilitando así la aparición del abanico de planteamientos de los años setenta, como un paso previo para cultivar una época postmoderna de la psicología social.

Gergen (1992) resume la transición hacia la psicología postmoderna diciendo que se produce cuando desaparece la delimitación del campo de estudio como una parcela de la realidad (la ciencia no es un espejo del mundo), cuando ya no se persiguen unas supuestas propiedades universales sino que se hace una reflexión contextualizada que explica las circunstancias históricas de su investigación. Al mismo tiempo, la metodología pierde su papel privilegiado y se somete a una crítica profunda, al igual que el progreso y la acumulación de conocimiento científico se interpretan como una retórica de justificación. La tensión de la pluralidad dimensional de los años setenta, se resuelve ahora en una conciencia postmoderna obsesionada no por la justificación de la psicología social como ciencia, sino por su garantía social como práctica transformadora.

Steiner Kvale (1992) ofrece una salida más radical para el conflicto de dimensiones de la psicología social. Si la psicología es un proyecto de la modernidad y si es cierto que la modernidad ha llegado a su fin, entonces puede que se esté produciendo el final de la psicología como ciencia. Bajo esta perspectiva, plantea tres escenarios posibles para una psicología de fin de siglo; en primer lugar, la muerte de la psicología o al menos su disolución como ciencia singular, combinándose con otras disciplinas como la neurofisiología, la lingüística y otras. La segunda posibilidad sería su configuración definitiva como un conjunto heterogéneo de ideas reunido con la finalidad de consumo en una cultura de masas. En tercer y último lugar, Kvale piensa que también es posible que la psicología se enfrente a las raíces de la existencia humana en situaciones históricas y culturales específicas, y que se haga receptiva a las intuiciones de la condición humana que proporcionan las artes y las humanidades.

En cualquier caso, el lugar común de todas las descripciones sobre la nueva época de la psicología social consiste en señalar la desaparición

ción de las tensiones entre los diversos ejes polares, que caracterizaban los planteamientos de transición en los años setenta. La multiplicidad de dimensiones y la tensión estructural de su conjunto fue una etapa necesaria para alejarse de los viejos planteamientos y posibilitar el desarrollo hacia algo nuevo. Las dimensiones no se resolvieron inclinándose hacia alguno de los extremos en cada caso o intentado equilibrarse en un punto intermedio, sino que provocaron primero un colapso y después una huida como si se tratara de un conflicto entre dos opciones rechazables. Por ejemplo, ni psicológica ni sociológica porque se desdibujan las delimitaciones entre estas y otras muchas disciplinas, estableciéndose una dinámica entre conocimientos difusos o borrosos, donde la mezcla y la combinación se valoran por encima de cualquier purismo; la experimentación abandona el laboratorio y se introduce en el computador, convirtiéndose en virtual, repetible con mayor facilidad y con una capacidad de comunicación incomparable.

Y sin embargo, lo más inquietante de esta nueva etapa de la psicología social es que, a pesar de todo lo dicho sobre ella, no se manifiesta todavía con claridad. Los autores de este libro, Collier, Minton y Reynolds, dicen con toda la razón que es evidente que el *postmodernismo* está aún en su infancia y que ha tenido más éxito como una crítica a la psicología social convencional que como un conjunto de alternativas teóricas coherentes y plenamente desarrolladas. Y además esto sigue siendo cierto cinco años después de publicarse el original de este libro. Se podría pensar que la época actual no es un tiempo de ((alternativas teóricas coherentes)); es más bien un período donde la tentación de la inocencia (Bruckner, 1995) sólo nos permite tener creencias, actitudes y sentimientos, y nos distancia de cualquier conocimiento sistemático. Si fuera así, sería inútil seguir esperando a que una psicología social postmoderna definiera sus posiciones y concretara sus desarrollos, porque su aportación sería siempre de estilo y sensibilidad y casi nunca de carácter sistemático.

En cualquier caso, ya sea que la psicología social postmoderna se convierta o no en el futuro en una alternativa teórica concreta, lo cierto es que por el momento destaca principalmente por su estilo, por sus especiales relaciones con el presente y con el pasado de la disciplina, así como con la sociedad actual. Dicho de otra forma, se produce un cambio cultural en la psicología social que afecta, en términos generales, a sus actitudes y valores hacia la sociedad, hacia la ciencia y el conocimiento y hacia sus actividades profesionales, tres grandes áreas que configuran un nuevo estilo de disciplina.

La nueva *cultura social* de la psicología ya no persigue el compromiso social y político de la investigación psicológica, como se pretendía a finales de los sesenta y en los setenta, simplemente porque ahora es la sociedad la que impone la orientación y el sentido de la práctica psicológica; no es que la psicología se aproxime a la sociedad e intente redimirla o emanciparla en algún sentido, sino que es la sociedad la que exige ofertas concretas y variadas a la disciplina a cambio de permitirle existir en instituciones, medios de comunicación y presupuestos. A la sociedad actual no le interesan grandes teorías compitiendo entre sí por el control del campo, sino una gran cantidad de pequeños modelos que convivan pacíficamente y que permitan a la sociedad elegir según gustos y preferencias sin sentirse presionada por argumentos de autoridad (Ibáñez, 1990). En este sentido, la psicología social ofrece todos sus recursos, pasados y presentes, como un *collage* o encolado de conocimientos psicológicos, donde coexisten Freud y el conductismo, la cognición social y la inteligencia artificial, la psicoterapia y la realidad virtual, el experimento y la experiencia personal, las nuevas adicciones sociales y la meditación transcendental. Este es el segundo escenario posible de Kvale, mencionado más arriba, para la psicología *postmoderna*, que sin duda tiene defensores y detractores, pero que de todas formas es el que se acerca más a la realidad actual de la psicología tanto en su producción literaria como en sus instituciones educativas.

En cuanto a la nueva *cultura científica* de la psicología social, es decir, el conjunto de creencias y sentimientos relacionados con el conocimiento, predomina la tendencia a interpretar la ciencia como una construcción anticuada y excesivamente aparatosa para los tiempos modernos. Cuando el científico deja de ser un romántico solitario y se introduce en las grandes organizaciones de investigación, la ciencia se convierte en un servicio más, como la sanidad o la educación, y el científico en un técnico o experto de ese sector. Al sustituir al científico clásico por el experto, se acorta la distancia con el lego, con el ciudadano corriente; cualquiera con un mínimo esfuerzo se puede convertir en experto. De hecho, los ciudadanos que se ven afectados por algún fenómeno social o alguna dolencia, se convierten en expertos de ese fenómeno o dolencia. En consecuencia, la psicología social defienda su apariencia de conocimiento científico, pero con dos características nuevas: por un lado, el *cóctel* metodológico, donde la pluralidad metodológica manifiesta una indiferencia hacia los medios con tal de que alcancen la solución deseada; y, por otro, la generalización del experto, en parte debido al incremento de las destrezas culturales y

del acceso a la información en las nuevas sociedades, donde el simple propósito de ayudar a los demás, de actuar en los servicios sociales o de pertenecer a alguna organización humanitaria convierte al lego en experto de psicología social. La validez del conocimiento psicológico ya no radica en la metodología (ciencia clásica) ni tampoco en la comunidad científica (paradigma kuhniano), sino en el consenso entre expertos, ciudadanos y afectados.

Por último, en la nueva *cultura profesional* ya no es posible realizar la actividad correspondiente con el respaldo del rigor metodológico, tampoco con el apoyo en un acreditado marco teórico o bajo el amparo de la academia. En estas circunstancias la única solución consiste en fomentar grandes reuniones de creyentes en comunidades de base, donde el prestigio profesional no proviene de la propia actividad técnica sino de la participación continuada y sistemática en todo tipo de congresos y reuniones, a lo largo de todo el mundo occidental, donde se generan grandes masas de información indiferenciada que alimenta posteriormente todos los sistemas de comunicación. En consecuencia, el reconocimiento proviene de la participación en todos los circuitos posibles de reuniones profesionales, de los índices de impacto en los sistemas de comunicación y de colaborar en el consenso alcanzado por todos en los diversos temas profesionales. Comunicación, participación y consenso se convierten en las actividades de éxito profesional, al margen del contenido concreto de la propia actividad. Puede suponerse, por tanto, que las viejas instituciones de formación y de intercambio profesional, como por ejemplo la Universidad, quedan absolutamente anticuadas en sus funciones originales, utilizándose ahora exclusivamente como ((servidores)) de las redes de información profesional. En esto como en otras muchas cosas, la psicología social no es diferente de las demás disciplinas de su entorno, donde ya no es cierto que la práctica profesional sea el más firme fundamento de la producción de teorías, originando así una epistemología postmoderna (Polkinghorne, 1992), sino que se limita a navegar por los sistemas de comunicación intercambiando información y experiencias personales.

No existe ninguna garantía de que esta cultura social, científica y profesional de la psicología social no vaya cambiando paulatinamente con el transcurso del tiempo y de los acontecimientos sociales; de hecho lo seguro es que está cambiando continuamente. Detenerse por tanto para recriminar o ensalzar la psicología postmoderna no es lo más urgente; lo que se necesita es conocer las fases que quedan por recorrer, anticiparse al cambio y vislumbrar el futuro que todavía

pueda tener la psicología. Los que deseen realizar esta labor tienen que apartarse del remolino de la comunicación, evitar el naufragio de la participación sin reposo y aceptar el consenso pero también la discrepancia. Y utilizar buenos libros, que abarquen grandes períodos históricos, que no sean sólo del momento, que nos obliguen a tener perspectiva histórica sin caer en las aventuras intelectuales. Como este libro, que nos muestra distintos escenarios y diversas tendencias de la psicología social.

JULIO SEOANE

Valencia, 1996

REFERENCIAS

- ALLPORT, G. (1968): «The historical background of social psychology», en *Handbook of Social Psychology*, Nueva York: Addison-Wesley.
- BICKMAN, L. (ed.) (1980): *Applied Social Psychology*, Londres: Sage.
- BRUCKNER, P. (1995): *La tentation de l'innocence*, París: Grasset et Fasquelle.
- DIGGINS, J. P. (1994): *The Promise of Pragmatism*, Chicago: University of Chicago Press.
- GARZÓN, A., y RODRÍGUEZ, A. (1989): «El individuo y los procesos colectivos», en A. RODRÍGUEZ y J. SEOANE (eds.), *Creencias, Actitudes y Valores*, Madrid: Alhambra.
- GERGEN, K. (1973): «Social Psychology as history», en *J. of Personality and Social Psychology*, 26, 309-320.
- GERGEN, K. (1982): *Toward transformation insocial knowledge*, Nueva York: Springer.
- GERGEN, K. (1989): «Invitaciones al engaño. Un análisis microsocia». *Boletín de Psicología*, 22, 7-38.
- GERGEN, K. (1992): «Toward a Postmodern Psychology», en Kvale (ed.), *Psychology and Postmodernism*, Londres: Sage.
- GOULDNER, A. (1970): *The Coming Crisis in Western Sociology*, Nueva York: Basic Books.
- GRAUMANN, C. F., y MOSCOVICI, S. (eds.) (1985): *Changing conceptions of crowd mind and behavior*, Nueva York: Springer.
- HERMAN, E. (1995): *The Romance of American Psychology*, University of California Press.
- HEWSTONE, M., et al. (eds.) (1988): *Introduction to Social Psychology*, Oxford: Basil Blackwell.
- HOUSE, J. S. (1977): «The three faces of social psychology», *Sociometry*, 40, 161-171.
- IBANEZ, E. (1990): ((Personalidad y cultura)), *Boletín de Psicología*, n.º 29, 29-43.
- JAHODA, G. (1992): *Crossroad between Culture and Mind*, Nueva York: Hervester.
- KNUTSON, J. (Ed) (1973): *Handbook of Political Psychology*, San Francisco: Jossey-Bass.
- KVALE, S. (1992): «Postmodern Psychology: A Contradiction in Terms?», en S. KVALE (ed.), *Psychology and Postmodernism*, Londres: Sage.
- MCGUIRE, W. J. (1973): «The yin and yang of progress insocial psychology», *J. of Personality and Social Psychology*, 26, 446-456.

- POLKINGHORNE, D. E. (1992): «Postmodern Epistemology of Practice», en S. KVALE (ed.), *Psychology and Postmodernism*, Londres: Sage.
- SEOANE, J. (1985): ((Conocimiento y Representación Social)), en J. Mayor (ed.), *Actividad Humana y Procesos Cognitivos*, Madrid: Alhambra.
- STOETZEL, J. (1966): *La Psicología Social*, Alicante: Marfil.
- STRYKER, S. (1977): «Developments in "two social psychologies": toward an appreciation of natural relevance», *Sociometry*, 40, 145-160.
- TAJFEL, H. (1972): «Experiments in vacuum», en J. Israel y H. Taffel (eds.): *The Context of Social Psychology*, Londres: Academic Press.